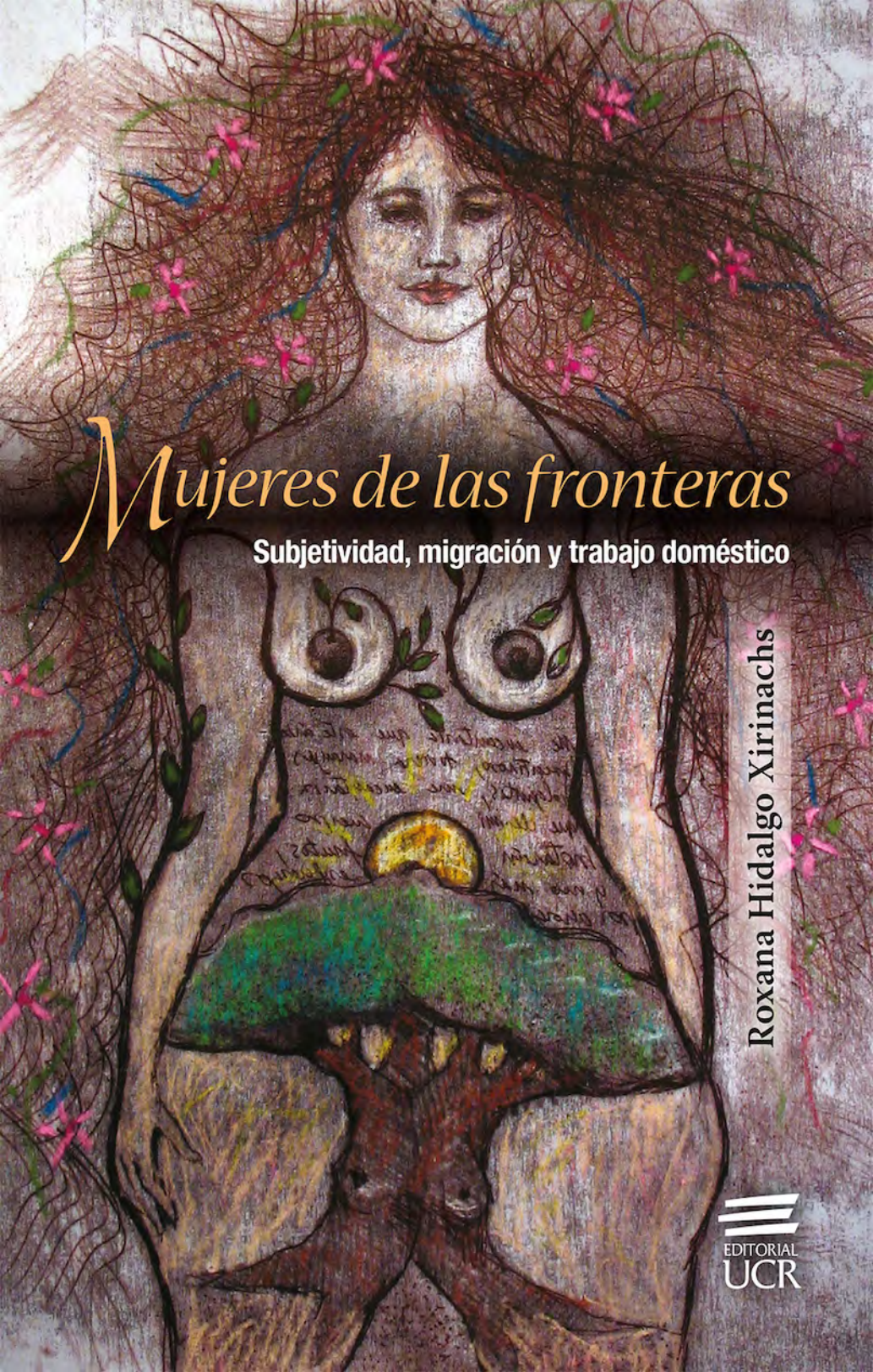


Mujeres de las fronteras

Subjetividad, migración y trabajo doméstico

Roxana Hidalgo Xirinachs

EDITORIAL UCR

Mujeres de las fronteras

Subjetividad, migración y trabajo doméstico

Roxana Hidalgo Xirinachs

EDITORIAL UCR

Instituto de Investigaciones Sociales 2016

305.436.404.6
H632m Hidalgo Xirinachs, Roxana
Mujeres de las fronteras: subjetividad, migración y trabajo doméstico / Roxana Hidalgo Xirinachs. – 1. ed. – San José, C. R.: Edit. UCR, 2016.
xxiii, 391 p.: il. (Instituto de Investigaciones Sociales)

ISBN 978-9968-46-613-4

1. SERVICIO DOMÉSTICO – COSTA RICA. 2. SUBJETIVIDAD. 3. MIGRACIÓN LABORAL. 4. MUJERES INMIGRANTES – COSTA RICA. 5. GLOBALIZACIÓN. 6. FEMINIDAD. 7. DERECHOS HUMANOS. 8. IDENTIDAD SEXUAL. 9. MATERNIDAD. 10. MATERNIDAD – NICARAGUA. I. Título.

CIP/3070
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2016.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Marjorie Martínez C.* y la *autora* • Revisión de pruebas: *Melisa Sandí N.* y la *autora* • Diseño: *Wendy Aguilar G.* • Diagramación y diseño de portada: *Priscila Coto M.*
Control de calidad: *Grettel Calderón A.* • Ilustración de portada: *Árbol*, 2005. Monotipia al trazo con tiza pastel, *Marcia Salas.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: noviembre, 2016.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

Contenido

Introducción xvii

Primera parte
Identidades femeninas, migración y trabajo doméstico

Capítulo 1
Globalización neoliberal, migración y trabajo doméstico en América Central 3

El trabajo doméstico remunerado en el contexto de la feminización del trabajo y de la supervivencia en el mundo globalizado 3

Feminización de las migraciones: cadenas transnacionales de cuidado y maternidad transnacional 20

El trabajo doméstico remunerado en el contexto de la migración transfronteriza entre Nicaragua y Costa Rica 29

Sobre la *excepcionalidad* del trabajo doméstico remunerado en América Latina 46

Capítulo 2
Sujetos sociales subalternos, identidades nómades y espacios intermedios en América Latina 56

Organización del poder en América Latina: colonialidad, capitalismo y contrato sexual patriarcal 56

Identidades femeninas, autonomía y sujetos nómades 80

Experiencia migratoria, identidades femeninas y subjetividad 92

Capítulo 3
Acercamiento metodológico 104

Introducción 104

Análisis de forma y contenido en la interpretación de textos 112

La relación entre la investigadora y las sujetos participantes como espacio de contratransferencia 117

Segunda parte
Acercamientos biográficos al trabajo doméstico

Capítulo 4
Excepcionalidad del trabajo doméstico: rasgos coloniales en la relación trabajadora doméstica-empleadora 127

Formas de explotación y subordinación en el trabajo doméstico remunerado 127

Formas de resistencia y lucha
en el trabajo doméstico remunerado 162

Relación intersubjetiva
entre la trabajadora doméstica y la familia:
conflictos, contradicciones y ambivalencia 185

Capítulo 5
Experiencias de maternidad en Nicaragua
y de maternidad transnacional 229

El trabajo doméstico remunerado:
tiempo de trabajo y tiempo de cuido 229

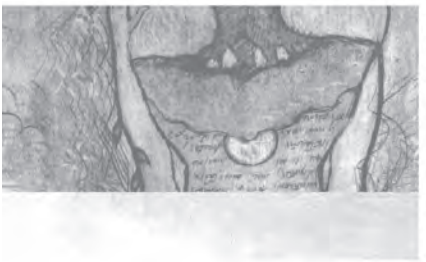
Experiencias subjetivas sobre la maternidad:
potencia y vulnerabilidad 237

Discursos sobre la feminidad:
una tensión entre la sujeción y la resistencia 351

Bibliografía 369
Acerca de la autora 391

PRIMERA PARTE

Identidades femeninas, migración y trabajo doméstico



Capítulo 1

Globalización neoliberal, migración y trabajo doméstico en América Central

El trabajo doméstico remunerado en el contexto de la feminización del trabajo y de la supervivencia en el mundo globalizado

> La migración de las mujeres pone en movimiento las columnas del templo. Si las que habían estado designadas para permanecer y esperar se transforman en las que se van y son esperadas, ¿qué garantía hay de que los restantes elementos que constituyen la base de la estabilidad de nuestros sistemas conceptuales permanezcan estables? ¿Cómo podría mantenerse en pie la estructura en que vivimos? Es porque confronta nuestro "sentido común", es decir, nuestros prejuicios más arraigados por lo que la migración femenina encuentra obstáculos no solo para ser estudiada, sino incluso para ser percibida.
>
> Dolores Juliano

Para acercarnos a los relatos e historias de vida de las mujeres migrantes nicaragüenses que se han insertado en el trabajo doméstico en Costa Rica y que participaron en esta investigación no se puede dejar de lado el análisis y la comprensión del contexto social e histórico que marca la realidad del trabajo doméstico remunerado en Costa Rica, en el contexto actual de la globalización neoliberal. Asimismo, es fundamental poder abordar la forma como las relaciones de poder entre los géneros han determinado históricamente un nexo particular entre feminidad, domesticidad y *otredad cultural* en los discursos de la modernidad occidental. A partir de estas consideraciones sociohistóricas, consideramos que se puede abordar la complejidad de la realidad subjetiva y los procesos de constitución de las identidades de género en las mujeres participantes en esta investigación.

La realidad de las mujeres a lo largo de la historia de la cultura occidental ha estado teñida por formas de subordinación innombrables, experiencias de violencia extrema y formas de resistencia comúnmente silenciadas. No obstante, es hasta hace un par de siglos que las mujeres empiezan a luchar de forma colectiva y sistemática por el derecho a ser ciudadanas, y no ser consideradas simples objetos de intercambio simbólicos y materiales, sometidas, mediante contratos matrimoniales que estaban a cargo de los hombres, a condiciones semejantes a las de la esclavitud. Poco tiempo después, comienzan a demandar el derecho a la educación y al trabajo en condiciones de igualdad social y legal ante los hombres. Sin embargo, es hasta ya avanzada la segunda mitad del siglo XX, como producto de una segunda fase de los movimientos de liberación femenina, que estas nuevas condiciones sociales y políticas se empiezan a convertir en una realidad colectiva para las mujeres.

Para acercarnos a estas paradojas que caracterizan la realidad actual de las mujeres, voy a referirme a la tensión entre los profundos cambios y las continuidades inevitables que se han venido desarrollando durante las últimas décadas en las relaciones de poder entre los géneros. En cuanto a los avances que la realidad de las mujeres ha tenido durante las últimas décadas, afirma Bourdieu:

> El cuestionamiento de las evidencias va acompañado de las profundas transformaciones que ha conocido la condición femenina, sobre todo en las categorías sociales más favorecidas: por ejemplo, el mayor acceso a la enseñanza secundaria y superior, al trabajo remunerado y, a partir de ahí, a la esfera pública; o, también, el distanciamiento respecto a las labores domésticas y las funciones de reproducción (relacionada con el progreso y con la utilización generalizada de las técnicas contraceptivas y con la reducción de la dimensión de las familias), especialmente con el retraso en la edad de contraer el matrimonio y de procrear, la disminución de la interrupción de la actividad profesional con motivo del nacimiento de un niño, así como el aumento de las tasas de divorcio y la disminución de las tasas de nupcialidad (2000: 111).

Si bien en América Latina, producto de la historia particular, estos logros se han desarrollado de una forma diferente que en Europa y América del Norte, lugares a los hace referencia el autor, estos cambios no dejan de implicar nuevas oportunidades para el alcance de relaciones más equitativas entre hombres y mujeres. Nuevas oportunidades que, sin embargo, están marcadas por condiciones sumamente contradictorias y ambivalentes en el mundo globalizado. *La feminización del mercado laboral y de la pobreza* son dos fenómenos actuales que expresan de forma dramática la profunda desigualdad que todavía sufren las mujeres por el simple hecho de pertenecer a su género. En relación

con la discriminación que estas deben enfrentar hasta hoy en día en el mercado laboral, afirma Bourdieu:

> La mejor demostración de las incertidumbres del estatuto que se concede a las mujeres en el mercado de trabajo es, sin duda, el hecho de que siempre están peor pagadas que los hombres, en igualdad de circunstancias, y que consiguen puestos menos elevados con títulos idénticos y, sobre todo, que están más afectadas, proporcionalmente, por el paro y la precariedad del empleo, además de frecuentemente relegadas a unos empleos a tiempo parcial, lo que tiene el efecto, entre otras cosas, de excluirlas casi infaliblemente de los juegos de poder y de las perspectivas de ascenso (2000: 115).

Fundamentalmente, es a partir de las últimas tres o cuatro décadas que las mujeres se empezaron a incorporar en los sistemas educativos en condiciones de paridad con los hombres. En Costa Rica, por ejemplo, han llegado incluso a ocupar un poco más del 50 por ciento, no solo en la enseñanza primaria y secundaria, sino también en la técnica y universitaria (Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible, N.º 7, 2002). Asimismo, en el campo laboral se han ido incorporando lenta, pero gradualmente, a espacios que habían constituido milenariamente un dominio exclusivo de los hombres. Actualmente, las mujeres participan no solo en una gran diversidad de actividades artísticas, culturales, académicas y de investigación, sino también en actividades políticas, económicas e incluso militares; espacios creativos y productivos que durante siglos eternos estuvieron celosamente custodiados por los hombres y prohibidos para ellas de forma explícita. En Costa Rica, la inserción laboral de las mujeres también ha crecido significativamente en las últimas décadas, no obstante, sigue habiendo formas de desigualdad en el mercado laboral insuperables hasta hoy en día. Estas implican,

entre otras condiciones, ingresos salariales inferiores en comparación con los hombres, segregación de las mujeres por grupos ocupacionales y en puestos directivos, mayor nivel de desempleo abierto y subempleo entre ellas, y una creciente feminización de la pobreza, que se manifiesta sobre todo en una mayor presencia de hogares pobres con jefatura femenina (Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible, N.º 7, 2002).

El lugar social de las mujeres en las sociedades occidentales ha estado asociado de forma milenaria con las funciones de nutrición, salud, educación y cuido de los otros. Lugar que quedó entrelazado de forma íntima con la feminidad a partir de la separación entre el espacio privado-doméstico y el público que se impone en el mundo moderno con el surgimiento de la Revolución Industrial (Fraser, 1997; Pateman, 1995). Como una continuación de esta tradición legendaria, las sociedades occidentales industrializadas, de acuerdo con Carrasco (2003), empezaron a impulsar una separación entre espacios estrictamente diferenciados entre sí, en apariencia poco vinculados y basados en principios antagónicos: por una parte, la esfera pública (masculina) y por otra, la esfera privada o doméstica (femenina). Esta división entre mundos de la vida supuestamente desconectados entre sí ha implicado que solo las actividades laborales realizadas en el ámbito público obtengan prestigio y reconocimiento social. En consecuencia, todo lo que se lleva a cabo dentro de los muros del espacio privado de la familia ha quedado invisibilizado bajo un manto de desprestigio y desvalorización que le ha negado sistemáticamente el reconocimiento social.

Esta separación entre trabajo familiar-doméstico y trabajo de mercado, siguiendo a Carrasco (2003), ha implicado que el trabajo de *cuidado de la vida* que las mujeres

realizan, el cual abarca el sostenimiento de los vínculos intersubjetivos necesarios para la convivencia social, no solo quede invisibilizado en el mundo público –*como un no trabajo*– sino distribuido de forma profundamente desigual entre los géneros. Esta *poderosa mano invisible de la vida cotidiana*, como la llama la autora, no solo posibilita la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria para que el sistema capitalista funcione, sino que hace posible la sostenibilidad de la vida humana misma en el mundo entero. Este cuidado de la vida, encargado a las mujeres, implica el manejo cotidiano de los afectos y las relaciones humanas, por medio de la responsabilidad sobre los procesos de socialización de las nuevas generaciones; los cuidados sanitarios, afectivos y sexuales de los miembros de la familia; los cuidados de las personas adultas-mayores, enfermas o discapacitadas y la relación de la familia con las instituciones extrafamiliares. Todas estas actividades se concentraron de forma aparentemente indisoluble con la feminidad a partir del pacto social de la posguerra, en el que se construye el ideal de la *familia nuclear moderna*, compuesta por el *padre proveedor* y *la madre ama de casa*, bajo una aparente separación entre trabajos y funciones sociales, considerados como esencialmente femeninos o masculinos (Pateman, 1995; Fraser, 1997; Carrasco, 2003; Precarias a la deriva, 2004; Pérez Orozco, 2006). No obstante, tal división ha estado marcada por relaciones contradictorias y ambiguas entre espacios que se entrecruzan a partir tanto de continuidades como de diferencias.

Asimismo, esta íntima relación de las mujeres con lo privado-familiar ha determinado la forma y los lugares por medio de los cuales ellas se han venido incorporando laboralmente al espacio público. Estos nuevos sitios de trabajo se han convertido en una especie de prolongación de

su función social en el ámbito doméstico. A lo largo del siglo XX las mujeres ingresaron a trabajar, de forma masiva, en el espacio público, en las instituciones educativas y de salud, en cargos burocráticos asistiendo a los hombres en puestos de jefatura y en las empresas de alimentos y de textiles, entre otros. Posteriormente, se integraron de manera mayoritaria en el campo de las ciencias sociales y de la salud, y en el bastante desprestigiado campo de la llamada *producción de cultura* y *arte*. Esta particular incorporación de las mujeres en el mundo público ha estado marcada, siguiendo a Lagrave, por una continuidad innegable:

> El siglo XX, por tanto, ha escrito la historia de la entrada masiva de mujeres en la educación y en el empleo remunerado, pero marcada por la desigualdad de oportunidades escolares y por la negación del carácter sexualmente mixto de las profesiones. Es decir, que, con variaciones, pero también con elementos invariables, continúa escribiendo la conocida historia de la segregación (1993: 508).

Las luchas feministas durante la primera mitad del siglo XX estuvieron marcadas no solo por el derecho de las mujeres al voto y a ser consideradas ciudadanas, sino también por los derechos laborales de las madres trabajadoras remuneradas o no, y particularmente de las madres pertenecientes a los sectores sociales más empobrecidos. En relación con estas luchas durante esa época, Bock (1993) se refiere a un *feminismo maternalista*, a partir del cual las mujeres buscaban el reconocimiento de la maternidad como una función social compartida que las unificaba a todas y les otorgaba derechos comunes. Estas luchas feministas, que al inicio se asociaban con la defensa de las madres pobres, se fueron extendiendo a todas las mujeres, y finalmente, después de la Segunda Guerra Mundial gracias al desarrollo generalizado de los Estados de bienestar,

se convirtieron en leyes vinculadas con los derechos laborales y con el apoyo estatal a las madres (Bock, 1993).

Como consecuencia de este vínculo con las funciones de reproducción social, las mujeres estuvieron asociadas con los servicios sociales que los Estados de bienestar asumieron durante el siglo XX. Ya fuera como trabajadoras del Estado o como sus beneficiarias, continúan hasta el día de hoy ligadas de forma aparentemente indisoluble con las labores de reproducción social. Respecto a este vínculo íntimo entre el trabajo de reproducción, la maternidad y los Estados de bienestar, afirma Lefaucheur:

> Gracias a los empleos que se les han abierto, gracias al aligeramiento del trabajo de mantenimiento y de cuidado que sus servicios han permitido, gracias a la protección social que les aseguran, los Welfare States occidentales han aumentado la autonomía de sus ciudadanas en relación con la institución conyugal y les han permitido abstenerse de abrazarla o escapar de ella cuando a su juicio el beneficio que aportan ya no compensa el precio que se cobran (1993: 498).

Por esta razón, de forma paradójica, el fuerte desmantelamiento de la función social del Estado y la desregulación del mercado de trabajo, que la globalización neoliberal ha venido produciendo de forma sistemática durante las últimas décadas, provocan que las mujeres queden expuestas a condiciones de mayor vulnerabilidad social y precarización laboral que los hombres (Sassen, 2002; Amorós, 2005; Cobo, 2005). De acuerdo con Mestre y Mestre (2006), el aumento en la demanda de trabajadoras domésticas en las sociedades contemporáneas resulta ser una *solución trágica* a las formas de desigualdad social que se siguen reproduciendo entre los géneros. Esta solución, asociada con las migraciones de mujeres alrededor del mundo para

insertarse como trabajadoras domésticas en otros países diferentes a los propios, hace referencia a un fracaso de los Estados de bienestar para enfrentar la realidad del cuidado de los otros de una forma menos violenta y desigual. Hasta el día de hoy, la labor de cuidado de la trabajadora doméstica y del ama de casa se sigue desvalorizando como una forma más de invisibilizar la continuidad en la relación entre el cuidado de la vida en el espacio privado-doméstico y la realidad de las mujeres. Según esta misma autora, además de dicho fracaso, se han señalado dos razones más para explicar el aumento de las trabajadoras domésticas: la incorporación de las mujeres al trabajo en el espacio público y el envejecimiento de la población. No obstante, la razón principal pareciera estar asociada con el hecho de que los hombres sigan sin incorporarse al trabajo de cuidado en el hogar (ver también Ehrenreich y Hochshild, 2002). En síntesis, dice la autora:

> La entrada *masiva* de mujeres migrantes en el trabajo doméstico nos señala que los cambios sociales, digamos en lo *público*, no han ido acompañados de cambios en lo privado. Es decir, el hecho de que las mujeres se hayan incorporado al trabajo extradoméstico asalariado no ha redefinido la esfera privada-doméstica ni ha supuesto que se deje de identificar ámbito doméstico con mujer. Por otro lado, el escaso desarrollo del Estado de bienestar requiere que las personas *dependientes* estén atendidas mediante contratos privados prácticamente invisibles (Mestre y Mestre, 2006: 41).

En este contexto, interesa abordar la demanda de trabajadoras domésticas en Costa Rica y la creciente oferta por parte de las mujeres migrantes nicaragüenses durante las últimas dos décadas (Morales y Castro, 1999; Contreras, 2006). En relación con la diferencia entre domesticidad y trabajo doméstico, se hará referencia a *domesticidad* como

aquellas experiencias de vida y prácticas laborales que se realizan en el ámbito doméstico del hogar, en el llamado, hoy en día, espacio privado y que están asociadas con el proceso de reproducción social de la familia. Abarca tanto las relaciones intersubjetivas de carácter afectivo que se tejen cotidianamente entre los miembros del grupo, como las actividades laborales necesarias para su mantenimiento, entre otras, limpieza, lavandería, preparación de alimentos y cuido de niños y adultos que lo ameriten (Hochschild, 2002). De acuerdo con Lerussi (2008), en la llamada *esfera privada-doméstica* se reproducen relaciones de poder –entre los géneros, clases sociales, culturas, entre otros–, las cuales implican dimensiones políticas que deben ser reconocidas, cuestionadas y subvertidas. Asimismo, desde la crítica feminista, siguiendo a Fraser (1997), este espacio implica no solo un trabajo reproductivo sino también productivo, en la medida en que la reproducción social se desarrolla no solo en el campo simbólico, sino también material (ver también Lerussi, 2008). El concepto de *trabajo doméstico* será utilizado, entonces, en relación con la labor que se realiza en este espacio privado del hogar, ya sea como *trabajo doméstico no remunerado* o como *trabajo doméstico remunerado*[3]. Al respecto es importante aclarar que este último, realizado dentro del espacio privado-familiar, es también un *trabajo de carácter público*, pues se encuentra incorporado en las relaciones mercantiles propias de la esfera pública. En otras palabras, este tipo de trabajo se encuentra en un lugar intermedio entre los mundos de la vida privados y públicos. De manera que la supuesta separación estricta entre espacios privados

3 Por razones de espacio y de temática no se hará referencia al trabajo doméstico remunerado realizado fuera del ámbito privado-doméstico de las familias, que actualmente también está creciendo aceleradamente.

y públicos que surge con la modernidad es siempre relativa y contradictoria. Este es un trabajo que se lleva a cabo dentro de los muros privados del mundo doméstico-familiar, pero que, al mismo tiempo, es remunerado, y por lo tanto, pertenece al mundo del mercado. Posteriormente, se analizarán las circunstancias que ubican este trabajo doméstico remunerado en una *condición de excepcionalidad* en relación con las condiciones laborales de todos los demás trabajos remunerados.

Para comprender cómo el trabajo doméstico remunerado se entrelaza con la migración transfronteriza entre Nicaragua y Costa Rica, es importante analizar cómo a partir de la crisis de los años ochenta y de forma más decisiva durante los noventa, se desarrolla en Centroamérica, de acuerdo con Robinson (2003), un nuevo modelo de acumulación transnacional de corte neoliberal. Este nuevo modelo de acumulación y distribución se basa sobre todo en una liberalización del comercio, en una integración de la región a la globalización económica y en una intensificación de la dependencia hacia los Estados Unidos. Las actividades económicas que posibilitan esta nueva inserción en el mercado internacional son principalmente cuatro: la agricultura de exportación no tradicional, la migración al interior de la región o hacia los Estados Unidos, el desarrollo de los servicios (sobre todo en el campo del turismo y del sector financiero)[4] y la exportación de maquila, principalmente en el área de textiles (industria caracterizada por la creación de empleo de baja calidad, en especial femenino) (Robinson, 2003; Segovia, 2004). De esta manera,

4 En el área de los servicios, el trabajo doméstico ocupa un lugar tan significativo como el que se les adjudica al turismo y al sector financiero, solo que, como se hace evidente en el texto citado, este se encuentra profundamente invisibilizado, incluso en el campo de las Ciencias Sociales.

se producen nuevas fuentes de excedentes que provienen tanto del exterior (por medio de las remesas ligadas a las migraciones internacionales) como de las nuevas actividades dinámicas vinculadas con el comercio, los servicios y las exportaciones no tradicionales. Estas últimas han permitido mantener no solo una estabilidad financiera y cambiaria en la región, sino también un ajuste del mercado laboral, a partir del autoempleo en actividades de baja productividad, de la sobreexplotación ligada a la flexibilización laboral, y de la expulsión de trabajadores hacia el exterior mediante las migraciones, tanto transfronterizas como transnacionales, evitando, hasta hace unos años, un aumento severo del desempleo abierto, así como una desestabilización social y política más marcada en Centroamérica (Segovia, 2004 y 2005; Pérez-Sáinz y Mora, 2007)[5]. Sobre esta situación extrema que se está atravesando, Cobo afirma:

> Los recortes de las políticas sociales, añadidos al desempleo, suelen tener efectos catastróficos, sobre todo en los países más pobres, pues obstaculizan el acceso a la salud y a la nutrición a aquellos sectores de la población que menos recursos tienen. Estos sectores, en su mayoría, suelen ser mujeres y niños y niñas. Cuando los recortes sociales se realizan en países altamente endeudados y con marcados niveles de pobreza estamos ante un fenómeno que tiene efectos similares a lo que se entiende por genocidio [...]. La nueva economía nos sitúa ante lo que podríamos denominar un genocidio capitalista y patriarcal (2005: 285).

5 Se dice hasta hace unos años, en vista del dramático golpe de Estado que se produjo en Honduras en julio del 2009, con consecuencias todavía imprevisibles para Centroamérica e incluso para América Latina.

Este *genocidio* se hace posible por una complicidad naturalizada entre las relaciones de producción capitalistas, las relaciones de poder patriarcales y las relaciones de dominación coloniales y poscoloniales, que han funcionado como aliados tanto materiales como simbólicos fundamentales desde hace 500 años (Lander, 2000; Quijano, 2000; Mignolo, 2003; Femenías, 2005). Al hacer referencia a un *genocidio capitalista y patriarcal*, se busca evidenciar las dramáticas consecuencias sociales y culturales que las políticas socioeconómicas neoliberales están provocando a nivel global tanto con la expulsión como con la exclusión social extremas de grandes sectores de población a lo largo y ancho del mundo[6]. Estos sectores sociales quedan excluidos de las posibilidades de sobrevivencia mínimas que el sistema debería proveer: sin acceso a vivienda digna, protección básica de la salud, agua potable, empleo o subempleo, educación y mucho menos podría soñarse con posibilidades de recreación (Bourdieu, 1999; Wacquant, 2001; Sassen, 2007; Sen y Kliksberg, 2007).

En cuanto a la forma de discriminación mediante la cual las mujeres acceden al mercado laboral actualmente, la economista feminista Ingrid Palmer (1992: 79 y sigs.; citado en Cobo, 2005) hace referencia a un hecho innegable que, no obstante, muy a menudo pasa desapercibido. El trabajo no remunerado que ellas siguen realizando en el espacio doméstico, todavía en condiciones de profunda desigualdad, llamado por la autora, *impuesto reproductivo*, provoca que no cuenten con los mismos recursos,

---

6 Los procesos migratorios internacionales que se han desarrollado durante los últimos años y que se han desbordado actualmente en Europa y América son un ejemplo dramático de estas formas de exterminio que son profundamente invisibilizadas por los Estados y los medios de comunicación hegemónicos.

movilidad o tiempo que los hombres para insertarse laboralmente en el espacio público. Al respecto, afirma Cobo:

> El trabajo no pagado que realizan las mujeres en el hogar es el resultado del pacto patriarcal que firmaron los varones de la derecha y de la izquierda tras la Segunda Guerra Mundial por el que se consagraba al varón como proveedor económico universal de la familia y a las mujeres como cuidadoras familiares y domésticas (2005: 287).

Este impuesto reproductivo que pagan las mujeres a los varones, a pesar de la crisis en el modelo de familia nuclear tradicional, en lugar de disminuir, como se hubiera esperado, está creciendo de forma proporcional a los severos recortes en las políticas sociales que asumían los Estados de bienestar hasta hace un par de décadas. Además, como resultado del lugar legendario que las mujeres han ocupado como objetos de intercambio y de la inmensa dependencia que este lugar provoca frente a los vínculos familiares, siguiendo a Palmer (1992: 79 y sigs.; citado en Cobo, 2005), los hombres pueden controlar y explotar el amor de ellas mediante lo que la autora nombra la *plusvalía de la dignidad genérica*: "En la familia, los varones se apropian de los poderes de cuidado y amor de las mujeres sin devolver equitativamente aquello que han recibido. Este proceso de explotación las deja incapacitadas para reconstruir sus reservas emocionales y sus posibilidades de autoestima y autoridad" (2005: 288). Explorar de qué manera el impuesto reproductivo y la plusvalía de la dignidad genérica se reproducen o se transforman en las condiciones de vida de las trabajadoras domésticas y de sus familias constituye un elemento fundamental en esta investigación.

No obstante, no solo al interior de las relaciones familiares se sigue reproduciendo este lugar tradicional de las mujeres, como se ha venido analizando, sino también en

el espacio público persisten todavía muros en apariencia infranqueables. Estos se reproducen actualmente en América Latina y, de forma muy particular y trágica, en Centroamérica, mediante *la feminización de la pobreza y de las posibilidades de supervivencia*. El *modelo del proveedor universal* (Fraser, 1997), como complemento del *modelo del ama de casa*, entra en una crisis regresiva, mediante la cual se impone una tendencia acelerada hacia su desaparición. En las condiciones actuales del capitalismo neoliberal no hay oportunidades para que el hombre, como jefe de hogar, pueda mantenerse como proveedor único; incluso, muy a menudo, ni siquiera puede hacerlo como proveedor parcial. Esto ha provocado una severa crisis del modelo de masculinidad hegemónica, la cual se basaba en la condición indispensable de un proveedor familiar único o principal, llamado históricamente *jefe de familia* (Femenías, 2000). Esta condición de exclusividad como proveedores universales, al convertirlos en jefes de familia, les daba a los varones el prestigio y el estatus social que la estructura patriarcal milenaria necesitaba. De forma paralela, el lugar social del trabajo doméstico, ya sea del ama de casa o del servicio doméstico remunerado, quedaba relegado a una actividad laboral con muy escaso reconocimiento social. En América Latina, el espacio social de las mujeres dedicadas a estas labores queda ubicado en los niveles más bajos de la escala social, al lado del lugar social que ocupan los inmigrantes, los sectores informales de la economía o grupos profundamente discriminados, como los afrodescendientes, los indígenas o las comunidades sexualmente diversas.

En el contexto actual de la globalización neoliberal, la *feminización del trabajo*, de acuerdo con Amorós (2005), se produce gracias a que el empleo extradoméstico realizado por las mujeres en el espacio público queda asociado con el

estatus servil que las labores domésticas históricamente han simbolizado. El incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo y la flexibilización laboral impuesta por el neoliberalismo, es decir, el tiempo parcial, la inestabilidad en el empleo y la pérdida masiva de los derechos laborales (alcanzados después de arduas luchas durante los últimos dos siglos) empiezan a feminizar las relaciones de trabajo de ambos géneros (Sassen, 2002). Al mismo tiempo, de acuerdo con Cobo (2005), la *feminización de la pobreza* se manifiesta en la presencia creciente de las mujeres en las maquilas del vestido y el montaje electrónico, en la producción alimenticia de subsistencia, en los sectores informales de la economía (principalmente en el de servicios), en los procesos migratorios transnacionales (y el envío de remesas a sus países), y, por supuesto, en el trabajo sexual y el tráfico ilegal de mujeres para la industria del sexo y el espectáculo. En este mismo sentido, Amorós plantea:

> De este modo, la "economía del trabajo doméstico fuera del hogar" caracteriza de una manera metafórica la naturaleza de los vínculos laborales para los varones en la era de la globalización neoliberal: también ellos (aunque en menor medida, ya que persiste la segmentación vertical y horizontal) se han vuelto vulnerables, su trabajo se torna discontinuo, precario, mal remunerado, con derechos laborales cada vez más recortados, etc. Pero, en el caso de las mujeres, la acertada y sugerente denominación aplica en sentido literal: su trabajo asalariado, aún desempeñado fuera del hogar, lleva todas las marcas de su trabajo doméstico, con horarios sumamente elásticos en función de los "pedidos" –ya que prevalece por doquier la fórmula de la subcontratación– con un aprovechamiento de sus versátiles habilidades a la vez que no se les reconoce cualificación alguna, con una subordinación a capataces masculinos que confunden sus servicios laborales con los que eventualmente podrían ser servicios sexuales o específicamente femeninos, etc. (2005: 326-327; énfasis original).

Ahora, si bien las mujeres se han convertido en los *trabajadores genéricos* por excelencia, cada vez de forma más acelerada los hombres pertenecientes a los sectores populares también están siendo sometidos a dicha condición. De acuerdo con Castells (2000), la globalización está provocando que el mercado laboral se segmente en dos clases de trabajadores: los *autoprogramables* y los *genéricos*. En América Latina, las formas abrumadoramente crecientes de desigualdad social generan un crecimiento de trabajadores genéricos, que se enfrentan a una minoría cada vez más pequeña de trabajadores autoprogramables. Estos últimos por sus niveles educativos tienen la capacidad de *reprogramarse* de acuerdo con las nuevas demandas y exigencias del mercado laboral. Mientras tanto los "otros" deben someterse a situaciones de sobreexplotación que las condiciones laborales de los sectores formales e informales de la economía ofrecen. La precarización del empleo y la feminización de la pobreza traspasan fronteras hasta convertirse en fenómenos transnacionales en todo el mundo, aunque todavía siguen estando marcados por las enormes diferencias hasta hoy imborrables entre los llamados países del Norte y del Sur[7]. En relación con esta función particular que las mujeres están cumpliendo en el mercado de trabajo global, afirma Cobo:

> Las trabajadoras *genéricas* son el modelo ideal para la nueva economía neoliberal: son flexibles e intercambiables. Si utilizásemos el concepto de Celia Amorós, diríamos que el modelo de trabajadoras genéricas (flexible, con capacidad de adaptación a horarios y a distintas tareas, sustituible por otra que no acepte las condiciones de sobreexplotación…) es la nueva definición de las *idénticas*,

7 Sobre la discusión en torno a la pertinencia de categorías como Norte-Sur, Primer Mundo-Tercer-Mundo o países ricos y pobres, revisar Mohanty (2008) y Lerussi (2008).

> aquellas que no gozan del derecho a la individuación y que aparecen como indiscernibles en la maquila o en otros procesos tayloristas (2005: 299; énfasis original).

Esta condición de las mujeres como flexibles e intercambiables, como las *idénticas*, parece estar haciendo referencia, de forma siniestra, al lugar social que habíamos ocupado por siglos eternos como objetos de intercambio. De nuevo, esta función social parece surgir de huellas ancestrales de la memoria colectiva que se activan para encerrarnos una vez más en una posición de servidumbre y subordinación demasiado cercana a la esclavitud. Así, nos enfrentamos a comienzos del siglo XXI con experiencias aparentemente nuevas, que más bien parecen estar evocando antigüedades innombrables.

Feminización de las migraciones: cadenas transnacionales de cuidado y maternidad transnacional

Como se ha venido analizando, en Centroamérica la globalización neoliberal ha provocado ajustes en los mercados laborales que han desencadenado, durante las últimas dos décadas, una expulsión masiva de trabajadores hacia el exterior mediante las migraciones transfronterizas y transnacionales, como un mecanismo inevitable para enfrentar las formas extremas de desigualdad y exclusión social (Robinson, 2003; Segovia, 2004; Pérez-Sáinz y Mora, 2007). En este contexto, Sassen (2007) propone que la desaparición gradual de trabajos manufacturados, su sustitución por industrias de alta tecnología y la expansión del sector servicios

a nivel mundial, pero en particular en las ciudades globales, están asociados con un proceso creciente de *feminización de la migración transnacional*. En la actualidad, se calcula que aproximadamente la mitad de los 214 millones de migrantes internacionales en el mundo son mujeres (Naciones Unidas, 2010 y OIM, 2010)[8]; América Latina es la primera región del mundo en alcanzar la paridad en el número de mujeres y varones migrantes (Cortés Castellanos, 2005: 29; citado en Lerussi, 2008).

Este nuevo tipo de experiencia migratoria, asociado con una participación masiva de las mujeres en los procesos migratorios transnacionales, de acuerdo con Sassen (2002), provocaron el retorno de las llamadas *clases de servidumbre*. En estos nuevos circuitos, no solo familias y comunidades enteras dependen de forma creciente de las mujeres para su supervivencia, también los gobiernos y las empresas privadas que funcionan al margen de la ley están provocando lo que la autora denomina una *feminización de la supervivencia*. Este fenómeno, producto de las políticas neoliberales de la economía, aunado a la salida masiva de las mujeres al espacio público, asociada con los movimientos de liberación femenina y con los cambios en el lugar social de estas, ha provocado una nueva solicitud de trabajadoras domésticas en las sociedades contemporáneas, como es el caso de Costa Rica. Tal demanda creciente, acompañada de la oferta de mujeres migrantes hacia los Estados Unidos y otros países, producto de la crisis económica y política en América Latina ha causado una reducción de los salarios (Hondagneu-Sotelo, 2001).

---

8 En el 2014 se calcula que la migración internacional había llegado a 232 millones (Naciones Unidas, 2014).

En particular, las experiencias en Centroamérica, el Caribe y México obligan a enormes contingentes de personas a emigrar sin documentos legales y en condiciones altamente peligrosas. Asimismo, la creciente feminización de los procesos migratorios expone a las mujeres a condiciones de vulnerabilidad extremas, asociadas indisolublemente con la historia legendaria de dominación y discriminación que ha caracterizado su realidad.

Las condiciones de exclusión social que han obligado a las mujeres a emigrar tanto dentro de los países, como de forma transfronteriza y transnacional, asociadas con la crisis en las formas de reproducción social en las naciones *desarrolladas*, han provocado lo que Hochschild (2001) y Hochschild y Ehrenreich (2002) han llamado *cadenas globales o transnacionales de cuidado*. Estas consisten, por ejemplo, en la forma en que las mujeres latinas emigran tanto dentro de los países latinoamericanos, como hacia los de América del Norte o Europa, para llenar las necesidades crecientes en el cuidado, nutrición y satisfacción de las necesidades sexuales de personas pertenecientes a culturas diversas a las suyas (Hondagneu-Sotelo, 2001; Sassen, 2002); lo que las condena de nuevo a este vínculo íntimo, aparentemente irrenunciable, entre feminidad, domesticidad y migración. En este sentido, Hochschild (2002) hace referencia a las dimensiones afectivas que entran en juego, ligadas con la necesidad de brindar cuidado y afecto como parte del trabajo doméstico remunerado. Labor que se está expandiendo y diversificando mediante estas cadenas globales de cuidados y los procesos de mercantilización de estas. Dichos recursos de cuidado, provisión de afecto y satisfacción sexual se ofrecen, se intercambian, se quitan, se pagan, se invisibilizan, pero no se comparten entre los géneros, siempre siguen asociados y asignados socialmente a las mujeres (Lerussi, 2008; Hochschild, 2008).

Específicamente, en el contexto de la migración transfronteriza entre Nicaragua y Costa Rica existe una gran cantidad de mujeres que se insertan laboralmente como trabajadoras domésticas, pero deben dejar a sus familias e hijos en su país. La mayoría deja a sus hijos al cuidado de otros familiares, sobre todo mujeres, como las madres, las hermanas o las hijas mayores (Goldade, 2007; Lerussi 2008; Barahona, 2001). Esta situación ha sido descrita por Hondagneu-Sotelo (2001) como la *maternidad transnacional*, la cual consiste en mujeres que deben migrar internacionalmente para asumir el cuidado de los hijos y las casas de otras familias, dejando a los propios bajo el cuidado de otros. De acuerdo con Hondagneu-Sotelo (2001) y Salazar Parreñas (2001), tal maternidad constituye la experiencia de muchas mujeres que deben ser proveedoras, en bastantes casos solas, de los cuidados de sus hijos, a pesar de vivir más allá de las fronteras nacionales de sus propios países.

En su investigación sobre la reproducción transnacional en mujeres migrantes nicaragüenses en zonas rurales y semirrurales de Costa Rica, Goldade (2007) hace referencia a las dolorosas experiencias que estas separaciones provocan en ellas, algunas de las cuales han implicado periodos de varios meses entre cada visita o incluso hasta 3 o 4 años sin poder ver a sus hijos. Al respecto la autora afirma que:

> La mayoría de las mujeres había dejado redes de apoyo para el cuido de los y las niñas en Nicaragua, con el propósito de enfrentar el desafío de pagar por éste. El propósito de la migración es que ellas puedan trabajar; las mujeres encaran el dilema de quién va a cuidar a sus niños y niñas mientras trabajan (2007: 250).

El acercamiento a la forma en que las participantes en esta investigación experimentan y se enfrentan con esta contradicción en su función social como mujeres y madres

constituye un componente central de este estudio. Estas mujeres vienen a engrosar la categoría de maternidad transnacional, lo que en realidad significa la dolorosa experiencia de tener que separarse de sus hijos y ser madres a distancia. Al mismo tiempo, deben asumir el cuido de los hijos o familiares de otras mujeres que también salen al espacio público, al igual que ellas, a trabajar de forma remunerada, como es el caso de casi el total de las mujeres participantes.

La creciente *feminización de la migración* es una experiencia más en la que se manifiesta la ambivalencia y las enormes contradicciones que caracterizan la realidad de las mujeres en las sociedades contemporáneas. De forma paradójica, este proceso significa también una mayor participación de ellas en el proceso migratorio y más autonomía en sus movimientos, es decir, las mujeres están migrando por su propia cuenta y no solo como dependientes familiares. Estas contradicciones hacen referencia a las nuevas oportunidades que las migraciones les pueden ofrecer, ya que en estos nuevos procesos migratorios ellas se desplazan, a menudo, sin la compañía de un hombre, y deben enfrentarse solas a las nuevas condiciones de vida que se les presentan, con sus oportunidades y sus limitaciones (Monzón, 2006).

Esta realidad poco estudiada en Centroamérica, en la que las mujeres son realmente agentes de cambio tanto de sus propias vidas como de su entorno familiar y social, constituye un eje fundamental en la presente investigación. No obstante, si bien emigrar puede producir cambios significativos en las experiencias y representaciones en torno a las relaciones de poder entre los géneros, también coloca a las mujeres ante formas de discriminación y explotación significativas (Gregorio Gil, 1998; Parella Rubio, 2003; Lerussi, 2008).

Incorporar las categorías de género, clase o cultura en el análisis de las migraciones, siguiendo a Gregorio Gil (1998), posibilita una perspectiva crítica para abordar mejor las formas de desigualdad y exclusión social que se han desarrollado durante las últimas décadas. El atravesamiento de estas diferentes maneras de organización del poder en el análisis de la experiencia migratoria femenina es necesario para visibilizar las estrategias de resistencia y subversión que las migrantes nicaragüenses desarrollan para enfrentarse con las formas de discriminación, desigualdad y violencia vividas. En relación con las migraciones en la región centroamericana, Monzón realiza una interesante síntesis sobre las condiciones particulares que fuerzan o motivan a las mujeres a desplazarse, tanto dentro de sus propios países como a nivel internacional. Frente a la pregunta ¿por qué migran las mujeres?, la autora propone las siguientes condiciones:

- Patrilocalidad: regla de los sistemas matrimoniales por la cual las mujeres, tras casarse, deben pasar a vivir con la familia o en el pueblo del esposo.
- Motivos laborales y económicos: la división del trabajo por género destina para las mujeres el trabajo doméstico, y la cría de niños y niñas de familias "acomodadas". Este rol es ocupado por mujeres que proceden del medio rural e indígena y, a escala globalizada, por las inmigrantes de los países del Tercer Mundo.
- Estigma familiar o comunitario: cuando se dan casos de madres solas, víctimas de abusos intrafamiliares, rebelión contra las normas familiares o locales, mujeres repudiadas, engañadas, etc. que se "resuelven" con la emigración o "huida" de las mujeres.
- Una tendencia menos marcada por las relaciones patriarcales es el creciente número de mujeres que, en ejercicio de su autonomía, deciden migrar solas recurriendo a

> redes familiares y sociales muchas veces construidas por ellas mismas o por mujeres cercanas (basado en Alonso, 2005; Dolores, 2004 y Poggio y Woo, 2000; citado en Monzón, 2006: 10-11)[9].

Como se hace evidente, la mayoría de estas condiciones se encuentran indisolublemente ligadas con el lugar social tradicional asignado a las mujeres. Esto demuestra la forma en que las continuidades en las relaciones de poder entre los géneros se mantienen como lugares endurecidos todavía difíciles de cambiar. Sin embargo, las últimas dos razones para migrar, citadas por Monzón, se refieren a las rupturas que se empiezan a desarrollar y que llevan a las mujeres a rebelarse contra las formas sujeción que tienden a persistir. En relación con esta doble cara de la migración femenina, la autora propone:

> No obstante, hay que destacar que la migración también brinda posibilidades de liberación para las mujeres, mejor posicionamiento familiar, social, político y económico. Si bien menos difundidos hay casos exitosos de mujeres que han logrado superar las barreras que imponen los prejuicios y estereotipos asociados con el ser mujer e inmigrante (2006: 48).

Al respecto, considero que es importante superar la perspectiva de la victimización de las mujeres migrantes, la cual a menudo presenta imágenes parcializadas y unilaterales de la feminidad o de los llamados procesos de feminización, viendo solo su cara negativa. En cuanto al íntimo nexo entre globalización y una creciente migración femenina, afirman Ehrenreich y Hochschild que:

---

9 Al respecto, no se puede obviar otra razón, también fundamental, para que migren, como es el engaño y las complejas redes de trata de mujeres alrededor del mundo (Chiarotti, 2003; Carcedo, Lexartza y Chaves, 2012).

> Gracias al proceso que en términos generales denominamos "globalización", las mujeres se mudan como nunca antes en la historia. En imágenes propias del Occidente provenientes de anuncios de TV sobre tarjetas de crédito, teléfonos celulares y aerolíneas, ejecutivas mujeres van por el mundo llamando a casa desde hoteles de lujo y reconectándose con niños agradecidos en los aeropuertos. Escuchamos bastante menos sobre un flujo mucho más abundante de trabajo y energía femeninos: la creciente migración de millones de mujeres desde países pobres hacia los ricos, donde ellas laboran como nanas, empleadas domésticas y a veces trabajadoras del sexo (2002: 2; traducción propia).

Como lo presentan las autoras, a pesar de las enormes diferencias en las mujeres que actualmente viajan a través del mundo, como nunca antes en la historia de la humanidad, es evidente que la gran mayoría de las migrantes pertenecen a los sectores sociales que han sufrido de forma más extrema los procesos de exclusión y desigualdad social producto de las condiciones laborales ligadas al proceso de globalización neoliberal. Esto de nuevo pone en evidencia la relación en apariencia indisoluble entre feminidad, trabajo doméstico y domesticidad. En relación con estas formas de migración de los países del Sur hacia los del Norte, Ehrenreich y Hochschild proponen: "Inmigrantes mujeres, preponderantemente, trabajan como empleadas domésticas. A medida que las mujeres pasan a conformar una proporción cada vez mayor de los trabajadores migrantes, los países receptores reflejan un dramático influjo de empleadas domésticas nacidas en el extranjero" (2002: 6; traducción propia).

No obstante, este fenómeno también se reproduce de forma semejante dentro de los llamados países del Tercer Mundo, es decir, son también comunes a los procesos migratorios Sur-Sur, como es el caso de esta investigación.

En América Latina, se dan experiencias migratorias transfronterizas o incluso transnacionales entre países con regímenes de bienestar diferentes. De acuerdo con Martínez (2007), si bien en América Latina todos estos regímenes son en alguna medida informales –en los que una mayoría de la población no puede lidiar con los riesgos sociales mediante su participación en los mercados laborales o en los servicios públicos–, existen diferencias significativas entre países con regímenes estatales de bienestar y otros que son principalmente informales. En los primeros, el Estado tiene un papel importante, en el que las políticas públicas tienden a enfatizar la formación de capital humano –como en Chile y Argentina– o más bien la protección social –como en Brasil, Uruguay, Costa Rica, Panamá y México–. En los otros casos predominan regímenes de bienestar informales –como en Guatemala, Salvador, Ecuador, Perú, Colombia y Venezuela– o altamente informales –como en Bolivia, Paraguay, Honduras y Nicaragua–, en los que "la mayoría de la población depende solo de arreglos familiares y comunitarios para la producción de bienestar, y lo hacen en el marco de mercados laborales y políticas públicas excluyentes" (Martínez, 2007: 30). Estas diferencias se encuentran asociadas con procesos migratorios transfronterizos significativos entre, por ejemplo, peruanos que migran a Chile, bolivianos a Argentina, guatemaltecos a México y nicaragüenses a Costa Rica. A partir de este contexto transnacional de las migraciones Sur-Sur, comparativamente poco estudiado en la literatura reciente, se analizará la migración transfronteriza de mujeres migrantes nicaragüenses que se insertan como trabajadoras domésticas en Costa Rica (Carcedo, Chaves y Lexartza, 2011; Carcedo, Lexartza y Chaves, 2012).

Acerca de la autora

Roxana Hidalgo Xirinachs es psicóloga-psicoanalista, Ph.D. en Sociología, con énfasis en Psicología Social y Socialización, de la Universidad Johann-Wolfgang Goethe en Frankfurt del Meno, y licenciada en Psicología de la Universidad de Costa Rica. Actualmente se desempeña como profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica. El campo de especialidad se centra en abordar la relación entre psicoanálisis, feminismo y teoría crítica desde el ámbito de la docencia y la investigación, así como desde la experiencia clínica como psicoanalista. Entre sus publicaciones se encuentran, *Cuando la feminidad se trastoca en el espejo de la maternidad. Conversaciones con mujeres penalizadas por cometer infanticidio* (en conjunto con Laura Chacón, 2001), *La Medea de Eurípides. Hacia un psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía* (2010) y *Voces subalternas. Feminidad y otredad cultural en Clarice Lispector* (2012).

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR
VIRTUAL

A partir de las historias de vida de un grupo de mujeres migrantes nicaragüenses, que decidieron emigrar a Costa Rica durante las últimas dos décadas y se insertaron laboralmente como trabajadoras domésticas, la autora ha pretendido acercarse a sus vivencias subjetivas como mujeres, madres y migrantes en el contexto actual de la globalización neoliberal en Centroamérica. A través de sus vidas y de sus relatos, la autora se ha centrado en el abordaje de la tensión irresoluble entre las condiciones objetivas y las vivencias subjetivas que la experiencia migratoria ha provocado en la vida de estas mujeres.

Las narraciones de estas mujeres se interpretaron como manifestaciones subjetivas de fenómenos sociales que se han desarrollado en el nivel transnacional, como lo es la feminización de la pobreza, de las migraciones y de la supervivencia. En el contexto particular de las migraciones transnacionales se abordaron las formas en que estas mujeres enfrentaron la experiencia de dejar su patria, y en muchos casos sus hijos y su familia, en la búsqueda de formas de vida alternativas. En concreto, se analizó la relación que se ha empezado a construir entre los nuevos procesos migratorios, los cambios y las continuidades en el lugar social de las mujeres y la reactivación de relaciones de servidumbre en las condiciones laborales de las trabajadoras domésticas.

EDITORIAL UCR

Instituto de Investigaciones Sociales